

El pozo

Asisto a una charla sobre desarrollo local en un pueblo de Los Pedroches. Entre los escasísimos asistentes, sólo tres son dueños de pequeñas empresas familiares (autónomos, más bien); los demás, son empleados públicos, profesionales y jubilados. En el coloquio posterior, no se hacen al ponente preguntas sobre el tema objeto de la exposición, sino que se le plantean quejas relacionadas con la actuación de las diversas Administraciones Públicas. Existe entre los asistentes un sentimiento generalizado de desazón, de que el pueblo se hunde irremisiblemente en un pozo de despoblamiento y dependencia.

El cuadro es igual en muchos pueblos de Los Pedroches: sensación de que se va cuesta abajo, escaso interés por el futuro, quejas por la actuación de los poderes públicos –sin demasiada fuerza, además, y sólo en los bares– y pocas personas preguntándose qué pueden hacer ellas por el desarrollo de sus pueblos. Pocos son los que piensan que el destino de los pueblos –como el de las personas– depende del esfuerzo de sus vecinos, al contrario, piensan que depende exclusivamente de la voluntad de la Administración. Y mientras se piense esto, el pueblo seguirá en caída libre y sobreviviendo a duras penas, pues de poco sirven los planes de formación, excepto para coger el dinerillo que te dan por asistir a las clases; de poco sirven los programas de apoyo a los emprendedores, porque nadie quiere asumir el menor riesgo; de poco, en fin, sirven las mejoras en las carreteras, pues lo que se espera de ellas no es que faciliten la salida de los productos de las fábricas propias, sino que por ella vengan los empresarios que pongan el dinero y el riesgo para sacar al pueblo del pozo.

Juan Bosco Castilla